

## PORCIA

(EL MERCADER DE VENECIA)

«Tan deslumbrados y encantados quedaron, á lo que parece, todos los críticos ante la dignidad del carácter de Shylock, que no llegaron á reconocer á Porcia su derecho, pues si es cierto que el carácter de Shylock no es muy artístico en su clase, aún es más acabado que el de Porcia en la suya. Ambas brillantes figuras son dignas de loa, y lo son porque ambas revisten graciosa forma en el verdadero dominio de una poesía pomposa y encantadora. Al lado del terrible é inexorable judío, frente á su poderosa sombra, dibujada en plena luz, aparece ella como un elegante Ticiano exuberante de belleza al lado de un magnífico Rembrand.

»Porcia tiene su correspondiente parte de esas graciosas cualidades que siempre prodigó Shakespeare, principalmente en sus caracteres femeninos; al lado de la dignidad, la dulzura y la ternura que sobre todo asigna á su sexo, y le hizo otros dones especiales completamente apropiados, tales como gran fuerza de espíritu, ánimo levantado, firmeza decidida y una vivacidad completamente aérea. Estas son cualidades innatas; pero además le asignó otras propiedades exteriores que resultan de su posición y sus relaciones. Es heredera de un nombre de príncipes y posee una

incalculable riqueza; la ha rodeado siempre un cortejo dispuesto á proporcionarle goces; desde su niñez ha respirado una atmósfera saturada de suaves aromas y ceremoniosas lisonjas. De aquí su gracia soberana, su distinguida y gárrula elegancia, su espíritu pomposo en todo cuanto hace y dice, propio del que desde su nacimiento todo lo ha contemplado brillante. Se acerca como si cruzase un palacio de mármoles, entre áureos techos y pavimento de cedro y mosaicos de jaspe y pórfido, ó por un jardín con estatuas, flores y fuentes y misteriosa y susurrante música. Tiene una sabiduría completamente insinuante, una ternura sincera y un ingenio vivo. Pero como jamás ha conocido la escasez, la aficción, el miedo á los contratiempos, su sabiduría no tiene rasgo alguno de obscuridad ni falta de transparencia; todos sus movimientos llevan en sí la fe, la esperanza y la alegría, y su ingenio no es malévolo ni mordaz en lo más mínimo.»

He tomado las observaciones que preceden de una obra de Mistres Jameson, titulada: *Caracteres femeninos morales, poéticos é históricos*. Se trata en este libro sólo de las mujeres de Shakespeare, y los pasajes citados atestiguan el ingenio de la autora, que probablemente es de origen escocés. Lo que dice de Porcia, en contraposición con Shylock, no es sólo bello, sino también verdadero.

Si consideramos á este último, como generalmente se hace, como representante de la rígida y severa Judea enemiga del Arte, se nos aparece Porcia, al contrario, como representante de ese florecimiento póstumo del genio griego que, partiendo de Italia en el siglo xvi,

esparció su hermoso aroma por el mundo, y que aún apreciamos y amamos bajo el nombre de Renacimiento. Porcia es al mismo tiempo la representante de ese éxito feliz que se opone á las sombrías desgracias históricas que Shylock representa. ¡Qué lozano, qué rosado, qué *clarisonante* es cuanto ella piensa y dice; qué enjambre de alegrías sus palabras, qué bellas todas sus imágenes, al menos las tomadas de la mitología! ¡Qué tristes, incisivas y odiosas son, al contrario, las ideas y las frases de Shylock, que no usa en sus réplicas más que comparaciones tomadas del Antiguo Testamento! Su ingenio es nervioso y cáustico, busca sus metáforas en las circunstancias más diversas, y aun sus palabras son conjuntos de sonidos oscuros y enrevesados, ya erizados de *erres*, ya mezclados con murmullos y rechinar de dientes.

Según son las personas así son sus costumbres. Como vemos que el servidor de Jehová no puede soportar en su «honrada casa» una imagen de Dios, ni aun del hombre, su degenerada semejanza, y hasta tapa sus oídos y cierra las ventanas para que no penetren en su vivienda los rumores de las paganas fiestas, vemos, al contrario, la vida espléndida y llena de buen gusto, la *villeggiatura*, en el hermoso palacio de Belmonte, do todo es luz y música, do entre pinturas, estatuas de marmol y altos laureles, los engalanados amantes discurren alegremente y resuelven amorosos enigmas, y en medio de todo esto descuella su magnificencia la Signora Porcia, brillante como una divinidad,

Que el cabello de luz ciñe á sus sienes...

Mediante semejante contraste llegan á individualizarse de tal modo los dos personajes principales del drama, que pudiera jurarse que no son creaciones fantásticas de un poeta, sino seres humanos reales, nacidos de mujer. Si, aun nos parecen dotados de más vida que las criaturas naturales ordinarias, porque ni el tiempo ni la muerte pueden afectarlas en nada, y late en sus venas una sangre inmortal, la eterna poesía.

Cuando vas á Venecia y pasas por delante del Palacio ducal, sabes muy bien que ni en la sala de los senadores ni en la escalera de los gigantes vas á encontrar á Marino Faliero; puedes recordar al antiguo Dandolo quizá en el arsenal, pero no buscarás al ciego héroe en ninguna dorada galera; ves en un ángulo de la calle Santa una serpiente tallada en piedra, y en el opuesto un león alado que tiene entre sus garras la cabeza de la serpiente, y entonces quizá acude á tu memoria, aunque sólo por un instante, el altivo Carmagnola. Pero aun más que en todos estos personajes históricos piensas en Venecia, en el Shylock de Shakespeare, que siempre vive, en tanto que aquéllos há tiempo se pudrieron en sus tumbas; y cuando subes al Rialto buscan por doquiera tus ojos, y piensas que pudiera estar por allí, detrás de algún pilar, con su gabardina hebraica y su desconfiado y calculador semblante, y hasta crees á veces oír su voz chillona que dice: «¡Tres mil ducados... bueno!».

Yo, al menos, como viajero caza-sueños que soy, miré por doquiera en el Rialto, por ver si encontraba á Shylock en alguna parte. Hubiera tenido que darle

noticia de algo que tal vez le hubiera causado placer; por ejemplo, que su primo, el Sr. de Sylock, de Paris, (1) había llegado á ser el príncipe más poderoso de la cristiandad, y había obtenido de su Católica Majestad la cruz de Isabel la Católica, la que fundara esta Orden para arrojar los judíos y los moros de España. Pero por ninguna parte le descubrí en el Rialto, y me alejé de allí para buscar á mi antiguo conocido en la sinagoga.

Precisamente celebraban los judíos el día de su santa reconciliación y estaban envueltos en sus blancos trajes talaes, y con su inquietante movimiento de cabeza parecían una reunión de espectros. Los pobres judíos estaban allí ayunando y orando desde la madrugada, desde la tarde anterior no habían comido ni bebido, habiendo suplicado antes á todos sus conocidos confesasen con ellos á Dios sus pecados, en previsión de que pudiera acontecerles alguna desgracia en el trascurso del año; hermosa costumbre que, de tan extraño modo, se conserva entre esas gentes que aun continúan siendo completamente ajenas á la doctrina de Cristo.

Al tratar de reconocer al viejo Shylock, examinando atentamente todos aquellos pálidos y dolientes rostros judíos, hice un descubrimiento que, desgraciadamente, no puedo callar. Aquel mismo día había visitado la casa de enajenados de San Carlos, y ahora se me ocurría en la sinagoga que en la mirada de los ju-

(1) Rothschild.

díos llameaba el mismo siniestro fulgor, medio fijo y medio errabundo, medio sarcástico y medio imbecil, que poco antes observara en los ojos de los alienados de San Carlos. Esta indescriptible y misteriosa mirada no atestiguaba propiamente la ausencia de la razón, sino más bien el predominio de una idea fija. Quizá la fe en ese Dios tonante y extramundano de que habla Moisés, ha venido á ser la idea fija de todo un pueblo que, á pesar de llevar puesta hace dos mil años la camisa de fuerza y administrársele duchas, no quiere abandonarla; como aquel abogado loco que vi en San Carlos, que tampoco salía de su tema de que el sol era un queso inglés, y sus rayos no consistían más que en gusanos rojos, y que uno de aquellos rayos le perforaba la frente.

De ningún modo pretendo combatir con esto el valor de esa idea fija; sólo quiero decir que los mismos que la padecen son demasiado débiles para enseñorearse de ella, y por esto se ven oprimidos y como fuera de la misma naturaleza. ¡Qué martirios han sufrido ya á causa de esta idea! ¡Cuántos mayores martirios les quedan aún que sufrir! Me estremezco ante este pensamiento, y una infinita compasión hace sangrar mi pecho.

Durante toda la Edad Media hasta hoy no estuvieron las creencias dominantes en el mundo en contradicción directa con esa idea que Moisés impuso á los judíos, atándolos con sus sagradas correas, y cortando de su propia carne; sí, no se diferencian esencialmente de cristianos y mahometanos; no se diferencian en una síntesis contrapuesta, sino sólo en la interpretación y

en ser los vencidos (1). Pero si un día vence Satán, es decir, el pecaminoso panteísmo, ante el cual podríamos probar cuánto hay de santo en el Antiguo y Nuevo Testamento, como también en el Corán, suscitará sobre la cabeza de los pobres judíos una borrasca de persecuciones que ha de sobrepajar en mucho á las ya sufridas.

A pesar de que busqué por todas partes en la Sinagoga de Venecia, no pude en ninguna descubrir el semblante de Shylock. Aun me parecía que pudiera estar allí oculto bajo alguno de aquellos blancos trajes

(1) El texto de Heine dice: *sino sólo en la interpretación y en el schibboleth*. Frase proverbial entre los hebreos.

La palabra hebrea שִׁבּוּלֵת (schibboleth) significa *espiga*, y gramaticalmente es el nombre que se da á uno de los puntos diacríticos que acompañan á las letras del alfabeto hebreo, siendo el *schibboleth* el que acompaña siempre al ש, colocándosele encima ya á la izquierda ya á la derecha, para modificar su pronunciación; así: ש = *sh*, ש = *sch*.

Pero el origen de esta denominación es histórico, y se halla en el Antiguo Testamento: «Jueces, cap. XII, versículo 6.º, cuando derrotados los de Efraim por los de Galaad, al mando de Jefté, tomaron los de éste los vados del Jordán, en accho del regreso de los fugitivos efraimitas. Según iban llegando, suplicaban á los galaaditas que les dejasen pasar. Preguntábanles éstos: ¿No eres de Ephraim? A lo que contestaban que no. Entonces los de Galaad, para asegurarse de si eran de los vencedores ó de los vencidos, recurrieron al seguro expediente de la pronunciación hebrea, que era dialectal en los vencidos de Ephraim, y les decían: «Pues di: *schibboleth*», y el efraimita pronunciaba *sibboleth*, (pues en su dialecto no existía el sonido *sch* (letra ש, schin; la confundían con el ס, samed,) y entonces asian de él y le degollaban», lo cual ocurrió hasta á cuarenta y dos mil efraimitas».

talares, rogando fervorosamente como los demás hermanos en religión, con salvaje fiereza; sí, elevando frenético su plegaria al trono de Jehová, al fuerte rey de los reyes. ¡Pero no le vil Mas á la caída de la tarde, cuando, según la fe de los judíos, se cierran las puertas del cielo, y ninguna plegaria tiene ya entrada, oí una voz ahogada en lágrimas como si nunca con los ojos hubiera llorado. Eran unos sollozos que hubieran movido á compasión á una piedra. Era una manifestación de dolor que sólo podía exhalarse de un pecho que hubiera reunido en sí todos los martirios que todo un atormentado pueblo está sufriendo hace diez y ocho siglos. ¡Era el estertor de un alma que sucumbe á su mortal cansancio á las mismas puertas del cielo! Y esta voz me parecía muy conocida, me parecía que la había oído antes, cuando un tiempo en el extremo de su desesperación exclamaba: «¡Jessika, hija mía!»

## COMEDIAS